

Eduardo Carrasco, **Heidegger y la historia del ser**.
Santiago de Chile: Universitaria, 2006, 191 páginas.

Rodrigo Frías Urrea*

SEGÚN uno de los diagnósticos filosóficos más clarividentes de nuestra época, la nuestra corresponde a la del predominio de aquella racionalidad técnico-científica según la cual es verdadero sólo aquello que se puede medir y calcular. Lo demás, o no existe o lo hace de un modo derivado, como en préstamo. Lo más sorprendente de todo este proceso, sin embargo, no es tanto la rapidez con que esta forma de racionalidad ha colonizado gran parte de nuestro mundo sino el hecho de que hasta la propia filosofía –que precisamente la denuncia por unilateral– haya cedido tan abiertamente a ella, sometiéndose a sus férreas exigencias metodológicas. Tenemos, así, la paradójica situación en la que, por un lado, la mejor filosofía denuncia los peligros de la racionalidad técnica que sólo quiere certezas calculables y, por otro, a numerosos filósofos de profesión que –aún adhiriendo a esta crítica– han transformado, con notable docilidad, su propio quehacer académico en ‘investigación científica’. ¿O será que aquí se deja sentir con especial fuerza la diferencia que cabe hacer entre quienes viven *de* la filosofía y aquellos que viven *para* la filosofía?

Como sea, es evidente que es posible otra forma de hacer filosofía, en la que no se trate de un ‘proyecto de investigación’ sino de una reflexión libre, aunque rigurosa, en un diálogo directo con alguno de los grandes maestros del pensamiento. Que es precisamente lo que sucede en este nuevo libro de Eduardo Carrasco, en el que –como antes, cuando nos ofreció una interesante exégesis del *Así habló Zaratustra*– se ocupa de Heidegger y del problema de la historia del ser al hilo de una interpretación de la última parte de su *Nietzsche*.

* Dr. en Filosofía. Profesor de la Facultad de Educación y Ciencias de la Familia, Universidad Finis Terrae. Santiago, Chile. E-mail: rodrigo.frias.urrea@gmail.com

El problema

Para Heidegger, en efecto, uno de los problemas filosóficos más difíciles es aquel que expresa la simple pregunta por el sentido del ser, que hasta ahora no ha sido nunca formulada sistemáticamente. Pues, en su opinión, lo que los filósofos tradicionales han hecho ha sido preguntar por el ser del ente pero nunca por el ser mismo, en su verdad original; y no por una falta de radicalidad o simple descuido, sino porque la propia filosofía parte de ciertos presupuestos que se lo hacen imposible. Dicho en otros términos, la filosofía o metafísica –como la llama Heidegger siguiendo a Nietzsche– desde siempre ha creído preguntar por el ser mismo aunque, en los hechos, inevitablemente ha terminado preguntando por algún tipo particular de ente (en especial por el Ente Supremo que es el Dios de los filósofos); de ahí que ella pueda ser descrita como la historia de un error o de una confusión involuntaria, de la que, por lo mismo, no resulta nada fácil salir.

Lo que se propone Heidegger, en este sentido, es doble. Por una parte, hacernos tomar conciencia del hecho de que la metafísica es un modo de preguntar estructuralmente limitado en sus posibilidades de éxito, pues confunde, aunque involuntariamente, al Ser con algún tipo de Ente. Y por otra, advertirnos que la única manera de superar esta limitación es internándonos en la propia metafísica para, desde adentro de ella, abrirla a sus nuevas posibilidades. Pues el extravío en el que incurre el preguntar metafísico no es sólo una pérdida sino que es, al mismo tiempo, una indispensable indicación de ese nuevo preguntar que está por venir. Su error, en este sentido, es algo así como un acto fallido, al que no cabe desechar sino que es necesario descifrar. De ahí que a la metafísica no se la abandone ni se la supere sino que se la asuma desconstruyéndola. Para lo cual se impone la necesidad de sumergirse en ella mediante esa forma de pensar que recupere lo olvidado en ella.

El texto

La metafísica, así, es tanto la historia del ser como su olvido. De ahí que su desconstrucción equivalga a la superación del olvido del ser y, por lo mismo, del nihilismo. Todo eso es lo que Heidegger concentra en la expresión *Erinnerung in die Metaphysik* (que es como se titula la última parte de su *Nietzsche*).

Carrasco la traduce por “rememoración que se adentra en la esencia de la

metafísica”, y no, simplemente, por “el recuerdo que se interna en la metafísica”, que sería tal vez una versión más directa. Es evidente, por lo mismo, que lo que él se propone no es sólo entregarnos una simple traducción (del título y de los 26 párrafos de los que se compone el texto) sino, ante todo, una dilucidación de su sentido. De ahí que en comparación con la traducción castellana disponible en ediciones Destino desde hace algunos años, la de Carrasco resulta, por lo mismo, más difícil de entender en una primera lectura, aunque en una segunda resulta evidente lo acertado de las soluciones encontradas. Se trata, en efecto, de una traducción pensante, que recoge con precisión la cuestión de que se trata en cada caso, y para la cual resultan óptimos complementos tanto la amplia Introducción sobre el problema de la historia en la filosofía moderna en autores como Hegel, Marx, Nietzsche y el propio Heidegger, en su obra *Ser y tiempo*, como el exhaustivo análisis que Carrasco hace de cada uno de ellos.

No es necesario estar de acuerdo con todas sus interpretaciones, ni con todos sus énfasis, para reconocer el valor de un libro como este. Basta con admitir, simplemente, que aquí hay un trabajo libre, que brilla en medio del carácter burocrático de gran parte de la ‘investigación filosófica’ actual.